

**Rui Teixeira, José**

*Un modo de amarte antes de tiempo: sobre la  
nostalgia de Dios en la poesía de Daniel Faria*

VI Congreso Internacional de Literatura, Estética y Teología  
“El amado en el amante : figuras, textos y estilos del amor hecho historia”  
Facultad de Filosofía y Letras y Facultad de Teología – UCA  
Asociación Latinoamericana de Literatura y Teología

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Rui Teixeira, José. “Un modo de amarte antes de tiempo : sobre la nostalgia de Dios en la poesía de Daniel Faria” [en línea]. Congreso Internacional de Literatura, Estética y Teología “El amado en el amante : figuras, textos y estilos del amor hecho historia”, VI, 17-19 mayo 2016. Universidad Católica Argentina. Facultad de Filosofía y Letras. Facultad de Teología ; Asociación Latinoamericana de Literatura y Teología, Buenos Aires. Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/ponencias/modo-amarte-antes-tiempo.pdf> [Fecha de consulta: ....]

# UN MODO DE AMARTE ANTES DE TIEMPO

## Sobre la nostalgia de Dios en la poesía de Daniel Faria.<sup>1</sup>

JOSÉ RUI TEIXEIRA

iOh, nostalgia de Dios! Dolor cósmico! Tristeza!  
iOh, pena indefinida,  
en la cual se pierde, además de mi vida,  
Esta presencia muerta que me pesa!<sup>2</sup>

TEIXEIRA DE PASCOAES

no intentes deletrear lo indescifrable: allí comienza el sendero pedregoso donde van a morir todos los nombres<sup>3</sup>

RUI NUNES

1.º DIA

### PORQUE PRESIENTO QUE PUEDO OIRTE<sup>4</sup>

OPORTO | DOMINGO DE PASCUA, 27 de marzo de 2016

Ayer tomé la decisión de escribir este texto sobre Daniel Faria. La noche de insomnio desplegó el recuerdo del poeta, enterrado bajo los escombros de más de 20 años. Apenas me quedan reminiscencias, imágenes difuminadas del tiempo que compartimos con una vaga, y después desmentida, pretensión de futuro. Intermitencias. Durante años silencié toda lectura hermenéutica de su poesía, por miedo a tocar la superficie presentida de una luz que encandila.

Lo conocí en el otoño de 1993, en el Seminario Mayor de Oporto. Nosotros, los más jóvenes, sabíamos que Daniel era poeta: ya se habían publicado *Una ciudad con Muralla*<sup>5</sup> (1991), *Oxálida*<sup>6</sup> (1992) y, en ese mismo año, *La casa de los segadores*<sup>7</sup>.

Recuerdo su cuarto, el modo en que aquella tarde de otoño nos leyó unos versos de Herberto Helder que escuché contemplativamente y por primera vez, como ante una epifanía:

Mi cabeza se estremece con todo el olvido.  
Intento decir cómo todo es otra cosa.  
Hablo, pienso.  
Sueño sobre los tremendos huesos de los pies.

---

<sup>1</sup> Conferencia pronunciada en el VI Congreso Internacional de Literatura, Estética y Teología: *El amado en el amante: Figuras, textos y estilos del amor hecho historia*, promovido por la Asociación Latinoamericana de Literatura y Teología; Pontificia Universidad Católica Argentina, Buenos Aires, 17-19 de mayo de 2016.

<sup>2</sup> Teixeira de Pascoaes, *Sempre – Obras Completas* (1 VOLUMEN). Lisboa, Livraria Bertrand, s/d [1965], p. 208.

<sup>3</sup> Rui Nunes, *Oficio de Vésperas*, Lisboa, Relógio D'Água, 2007, p. 8.

<sup>4</sup> Verso de *Dos Líquidos*. Cf. Daniel Faria, *Poesia*, Porto, Assírio & Alvim, 2012, p. 62. Para todas las citas de los poemas de Daniel Faria, utilizaré esta edición, reeditada posteriormente en 2015.

<sup>5</sup> Daniel Faria [Daniel Augusto da Cunha Faria], *Uma Cidade com Muralha*, in *Bibliotheca Portucalensis* (Biblioteca Pública Municipal do Porto), II Série, n.º 6, 1991, pp. 57-77.

<sup>6</sup> Id. [Cérjio Lage], *Oxálida*, Porto, Associação de Estudantes da Faculdade de Teologia – UCP, 1993.

<sup>7</sup> Id. [Daniel Augusto], *A Casa dos Ceifeiros*, Porto, AEFT – UCP, 1993.

Es siempre otra cosa, una  
sola cosa cubierta de nombres.  
Y la muerte pasa de boca en boca  
con la leve saliva,  
con el terror que hay siempre  
en el fondo informulado de una vida.<sup>8</sup> ...

En 1994, Daniel Faria terminó el curso de Teología<sup>9</sup> en la Universidad Católica Portuguesa. El deseo de convertirse en monje en el Monasterio benedictino de Singeverga se antepuso al camino que lo conduciría a la ordenación sacerdotal. En una especie de interludio, ingresó en el curso de Estudios Portugueses en la Facultad de Letras de la Universidad de Oporto.

2.º DIA

## LA SEMILLA ESTÁ COLOCADA EN EL LUGAR DEL SUFRIMIENTO<sup>10</sup>

Daniel Faria nació el día 10 de abril de 1971, en Baltar, en un contexto rural, a 25 kilómetros de Oporto. Desde su infancia manifestó el deseo de ser presbítero de la Iglesia. Ya con doce años ingresó en el Seminario del Buen Pastor. Pronto mostró una inteligencia penetrante, un deseo irreprimito de aprender y un interés creciente por la literatura y el arte, que le permitió el contacto con obras poéticas de referencia, a una edad en la que incluso el gusto por la lectura es poco común.

Al iniciar sus estudios teológicos, Daniel Faria ya tiene una cultura auténticamente personal: los libros que leía, la música que escuchaba, el interés que mostraba por el teatro o las artes plásticas, las conversaciones en las que se detenía... Estábamos ante alguien diferente, un «muchacho raro»<sup>11</sup> (como le llamó Alexandra Coelho Lucas) con una bagaje cultural que no era meramente acumulativo, sino creativo. Había en él un entusiasmo, un brillo estremecido, templado por una vida interior intensa, por una lentitud deslumbrada, puede que mística. Guardo en mi memoria el resplandor fósil, la tenue luz de ese fuego invisible que ardía en lo más profundo de su ser, como una herida abierta que lo hacía cercano a realidades que solo podíamos escrutar en la distancia, entrever en lo oscuro.

Ya no recuerdo su voz, pero no olvido que en ella los versos de Herberto Helder, los de Luiz Neto Jorge, sus propios versos, contenían un rumor ensimismado, como esa «significancia más antigua que ninguna intencionalidad dadora de sentido»<sup>12</sup> (en palabras de Jean-Luc Nancy).

Me doy cuenta ahora de que vivimos en continuo desencuentro. Daniel estudió en la Escuela Secundaria Rodrigues de Freitas, donde yo ingresaría precisamente el año lectivo en el que él se matriculó en la Facultad de Teología; cuando comencé mis estudios teológicos, Daniel

---

<sup>8</sup> Herberto Helder, *Oficio Cantante – poesía completa*, Lisboa, Assírio & Alvim, 2009, p. 109.

<sup>9</sup> Pero no fue hasta 1996 cuando defendió la tesis de licenciatura, que se publicaría póstumamente, en 1999: *La vida y conversión de Fray Agustín: entre el aprendizaje y la enseñanza de la Cruz*, Colección ÉPHETA 6, Lisboa, Facultad de Teología de la Universidad Católica Portuguesa, 1999.

<sup>10</sup> Verso de *De los Líquidos*. Cf. Daniel Faria, *Poesía*, p. 284.

<sup>11</sup> Alexandra Coelho Lucas, «Daniel Faria: o rapaz raro», in *Mil Folhas* (suplemento literario del periódico *Público*), 14 de julho de 2001, pp. 4-10. La expresión «el muchacho raro» está inspirada en el título escogido por Maria Gabriela Llansol para la edición de su traducción de la poesía Rimbaud (cf. Arthur Rimbaud, *O Rapaz Raro – Iluminações e Poemas*, Lisboa, Relógio D'Água, 1998).

<sup>12</sup> Jean-Luc Nancy, *Las Musas*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 2008, p. 50.

ingresó en la Facultad de Letras; yo estaba preparando los últimos exámenes de la Facultad de Teología cuando recibí la noticia de su muerte, el día 9 de junio de 1999.

Fue entre 1994 y 1997 cuando más contacto tuvimos. Sentí, entonces, que Daniel maduraba intensa y silenciosamente, entre la colaboración pastoral en las parroquias de Nuestra Señora de la Concepción (en Oporto, donde residía) y de Santa Marina de Hornos (en Marco de Canaveses, donde nacía la Iglesia de Santa María, de Álvaro Siza), y la redacción y la defensa de su tesis de licenciatura en Teología, sobre el poeta y asceta franciscano Agostinho da Cruz (1540-1619). Termina la licenciatura de Estudios Portugueses en el año lectivo de 1997/98, año durante el cual vive en el Monasterio de S. Bento de la Victoria, en Oporto, como postulante.

En 1998, al final de su primer invierno en el Monasterio de Singeverga, publica dos libros: *Explicación de los árboles y de otros animales*<sup>13</sup> y *Hombres que son como lugares mal situados*<sup>14</sup>. Hacía algunos meses que no nos veíamos, pero Daniel se encargó de que llegasen a mis manos sus libros. Sí, había madurado intensa y silenciosamente: sus libros contenían versos que, como escribió Sophia, «hacen resonar el misterio a nuestro alrededor»<sup>15</sup>. Los leí ensimismado, con el estremecimiento de quien toca la superficie intuida de una luz que encandila. Allí estaba Daniel, en cada poema, en una especie de proceso de transfiguración, ejercitando la levitación: «Sé bien que no merezco un día entrar en el cielo/ Pero no por eso escribo mi casa sobre la tierra»<sup>16</sup>.

Esta reflexión se lleva a cabo en las páginas de *Explicación de los árboles y de otros animales*, el primero de sus dos últimos libros<sup>17</sup>. Se lee en el ejemplar que Daniel me dedicó, el día 4 de junio de 1998: «A José Rui, que también se explica con la materia viva de las palabras». Y esta dedicatoria contiene el sentido de la única lectura hermenéutica para la cual me siento legitimado: La poesía de Daniel Faria (y este libro en concreto) es una explicación, un sistema explicativo. No se explica desde el exterior, al modo de la disección que, en un vértigo reduccionista, obtiene al final tan solo los restos orgánicos del objeto disecado. Es en su condición de poeta en la que busco una hermenéutica que no sustituya a la Palabra.

### 3.º DIA

## ME CANSO COMO EL PELDAÑO DONDE EL HOMBRE VACILA<sup>18</sup>

PRAGA | 30 de marzo de 2016

Daniel Faria es un poeta cada vez más místico en sus últimos tres libros, que constituyen claramente su *corpus* poético, ya distante de las obras juveniles con las que ensayó su voz y su universo poéticos. En esos tres libros, no se limitó a escribir sobre aquello que sabía, sino que, más profundamente, escribió sobre aquello que todavía desconocía. Es curioso que Da-

---

<sup>13</sup> Daniel Faria, *Explicação das Árvores e de Outros Animais*, Oporto, Fundação Manuel Leão, 1998.

<sup>14</sup> Id., *Homens que são como Lugares mal Situados*, Oporto, Fundação Manuel Leão, 1998.

<sup>15</sup> Sophia de Mello Breyner Andresen, en Daniel Faria, *Legenda para uma casa habitada*, Marco de Canaveses, Parroquia de Santa Marinha de Fornos, 2000, p. 9.

<sup>16</sup> Daniel Faria, *Poesia*, p. 62.

<sup>17</sup> *Explicação das Árvores e de Outros Animais* es el único de los libros de Daniel Faria traducido al español: *Explicación de los árboles y de otros animales* (edición bilingüe; traducción y estudio de Luis María Marina), Salamanca, Ediciones Sígueme, 2014.

<sup>18</sup> Verso de *Dos Líquidos*. Cf. Daniel Faria, *Poesia*, p. 304.

niel Faria pusiese de manifiesto la intención de darle a su último libro el programático título de *De las cosas que sé del cielo*<sup>19</sup>.

Su poesía no tiende hacia la alucinación ni hacia la deriva onírica. Las estructuras sintácticas y semánticas son cuidadosamente definidas y la profusión de la metáfora sirve a la apertura del ángulo de arrebatamiento, del éxtasis tantas veces contenido por un rumor de melopea que, especialmente en *Explicación de los árboles y de otros animales*, resulta de una acuciante nostalgia de Dios, condición disfórica que permite situar a Daniel Faria dentro de la familia de los poetas disidentes, heterodoxos, tan atormentados por la ausencia de Dios que la espera se volvió para ellos insoportable y la oblación se realizó en el vértigo suicida con la que Unamuno escribió que somos un pueblo de suicidas, un pueblo suicida<sup>20</sup>.

*Explicación de los árboles y de otros animales* es el resultado de un laboratorio de creación que convoca y combina diferentes intertextualidades con elementos del universo rural del que proviene el poeta, un bestiario íntimo, vagamente telúrico, que Daniel Faria observa con cierto desapego y progresiva distancia.

Este libro contiene una poesía de inusual sinestesia, en la medida en que no se limita a combinar percepciones de naturaleza sensorial distinta, sino, esencialmente, de distinta naturaleza conceptual, paradojas sin aristas, imágenes inusuales que van estableciendo un universo de apariciones poéticas profundamente idiosincrático y que sitúan a esta poesía en un sistema complejo, pero no hermético.

Estoy convencido de que toda la poesía tiene un grado de impresión: la intensidad con la que se imprime contra la página. Yo creo que la poesía de Daniel Faria tiene un índice de impresión muy bajo, casi una marca de agua. Es una poesía que tiende a levitar, una poesía etérea, como si buscara desprenderse de la página: «Socórreme, devuélveme la levedad/ De la primerísima nube que avistes»<sup>21</sup>.

4.º DIA

## ESTOY A UN PALMO DE TU SILENCIO Y ELEVO MI SILENCIO<sup>22</sup>

*Explicación de los árboles y de otros animales* es un libro que «viene con las lluvias, después de los incendios»<sup>23</sup>; es un ejercicio de interludio, una realidad intermedia, transfronteriza, una suspensión consentida que no oculta una disforia latente. Impregna todo el libro una vaga tensión escatológica, el «ahora ya» y el «todavía no» de una presencia que, desvaneciéndose en la experiencia existencial, es sentida como ausencia. Y a pesar de una vida espiritual tan intensa, la expectativa de la pléroma condenaba a Daniel Faria a una insatisfacción que ni los primeros frutos de la vida monástica parecían saciar.

Yo diría que el poeta sufre de una incurable nostalgia de Dios. Esto se convierte en el principal leitmotiv, anclado por distintos puntales, a veces ambivalentes: la mañana y la noche, el hombre y el ángel, la tierra y el cielo.

---

<sup>19</sup> Cf. Vera Vouga, «De la Magnolia entre nosotros (postfacio)», en Daniel Faria, *Dos Líquidos*, Porto, Fundação Manuel Leão, 2000, p. 149. Ahí se explican los motivos por los cuales se optó por *Dos Líquidos* para título de este libro póstumo de Daniel Faria.

<sup>20</sup> Cf. Miguel de Unamuno, «Un Pueblo suicida», en *Por tierras de Portugal y de España*, Madrid, Alianza Editorial, 2011, p. 106.

<sup>21</sup> Daniel Faria, *Poesía*, p. 82.

<sup>22</sup> Verso de *Dos Líquidos*. Cf. *ibid.*, p. 255.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 31.

El lector es cuidadosamente conducido hacia una experiencia mística, hacia una especie de videncia en la que la realidad se encuentra en el límite sensible de la frontera entre lo visible y lo invisible, sin descuidar nunca el rigor sintáctico y semántico que la materia viva de las palabras requiere. El poeta permanece con los ojos bien abiertos frente a la realidad y, de explicación en explicación, la absorbe en imágenes interiores hasta la ceguera.

Para Daniel Faria, el poeta – que pone lentamente su azada sobre el hombro después de cavar un largo silencio: «Como puñal en la espalda / el filo contra el cansancio»<sup>24</sup> - es un instrumento no meramente oracular: el poeta que vuelve a conectar la palabra al silencio, lo visible a lo invisible, sacrificándose, renunciando a sí mismo:

Ando un poco por encima del suelo  
[...]

Estoy ligeramente por encima de lo que muere  
[...]

Ando ligero por encima de lo que digo  
Y vierto la sangre dentro de las palabras  
Ando un poco por encima de la transfusión del poema

Ando humildemente en los alrededores del verbo  
Pasajero en un peldaño invisible sobre la tierra  
En ese lugar de los árboles con fruto y de los árboles  
En medio de los incendios  
Estoy un poco en el interior de lo que arde  
Apagándome lentamente y teniendo sed  
Porque ando por encima de la fuerza que sacia a quien vive  
Y aplasto el corazón hacia lo que desciende sobre mí

Y bebe<sup>25</sup>

Entre la tierra y el cielo, «un poco por encima del suelo», «ligeramente por encima de lo que muere», «un poco dentro de lo que arde». Este es el espacio en el que el poeta se mueve «en los alrededores del verbo», en un «peldaño invisible sobre la tierra», entre la inmanencia y la trascendencia, entre la conciencia de que el hombre es una caverna<sup>26</sup> y el lamento extasiado: «Cómo es / Amargo no poder conservarte / En un terreno más cercano al corazón.»<sup>27</sup>. Y este lamento, insistentemente repetido, «No es un pensamiento./ Es una idea ensimismada. Una piedra cerrada/ desde el interior».<sup>28</sup>

Daniel Faria coleccionaba piedras<sup>29</sup>, semantema recurrente en *Explicación de árboles y otros animales*, donde aparece escrito doce veces. Las piedras le conferían, simbólicamente, peso, gravedad, y contrarrestaban la levitación; lo anclaban a la tierra, a la vida; representaban a los amigos. Tal como los árboles, con sus raíces, el peso y lo compacto de las piedras confor-

---

<sup>24</sup> Ibid., p. 101.

<sup>25</sup> Ibid., pp. 39-40.

<sup>26</sup> Cf. *ibid.*, p. 94.

<sup>27</sup> Ibid., p. 78.

<sup>28</sup> Ibid., p. 49.

<sup>29</sup> Cf. Alexandra Lucas Coelho, «Daniel Faria: el muchacho raro»: «Daniel coleccionaba piedras». (p. 4); «La pasión por las piedras le duró toda la vida. Cada amigo que iba de viaje le traía una. Las más pequeñas y preciosas continúan en su celda del Monasterio de Singeverga, las más grandes están en casa de sus padres. Y el lugar de todas será el lugar de la palabra, tantas son las que vemos en los poemas». (p. 5).

taban a un poeta que se negaba a escribir su «casa sobre la tierra»<sup>30</sup>; un poeta que existió como si levitase y que era «Hermano de los ritmos invisibles sobre la tierra / Familiar de los ángeles que se posan sobre la vida»<sup>31</sup>. Y no es sólo su poesía la que adquiere una condición etérea, son sus facciones, su forma de escribirse en el silencio.

Su poesía se intensifica en la resonancia de semantemas como «laberinto», «casa», «madre» y «corazón», la madre que «sonreía ciega de dolor/ Y parecía de deslumbramiento»<sup>32</sup> y un corazón interior, un corazón nuclear<sup>33</sup>.

## 5.º DIA

### CON LA NOCHE EN MIS MANOS PARA TENER LUZ<sup>34</sup>

En *Explicación de los árboles y de otros animales*, la «luz» es el semantema más significativo, desdoblado en los tópicos del «fuego» y del «incendio», en un adentrarse en la noche oscura, estancia de abandono y vórtice místico de una presencia más pura: «En medio de lo oscuro pido/ Una piedra incendiada».<sup>35</sup>

Yo diría que, en la poesía de Daniel Faria, podemos identificar las dos acciones: la de apagar la luz exterior y la de encender la luz interior. Así, cediendo al sueño abúlico, el poeta murmura: «No dejes la vela encendida/ Duerme: me basta esa luz»<sup>36</sup>. Y después, en ese otro espacio de interioridad, se ilumina: «Si se enciende la luz/ No moriré solo»<sup>37</sup>. Daniel Faria busca contemplativamente el origen de esa luz, sin perder la consciencia de su carácter instrumental, en el centro de la función del poeta: «E injerto la luz/ En todo lo que nombro»<sup>38</sup>.

Su poesía adquiere un tiempo propio, que prescinde del sentido de eterno retorno sin, por ello, aceptar una linealidad cronológica. Es un tiempo sobrepuesto, suspendido, concéntrico, más denso y menos voluminoso a medida que pasa: «Y en el tiempo repetido hallaré una salida/ Una mañana después de una mañana»<sup>39</sup>. Su tiempo es el 8.º día, la mañana que rompe el tiempo circunscrito, la mañana pascual:

Guarda la mañana  
Todo lo demás se puede perder

Porque tu eres la media mañana  
El punto más alto de la luz  
En explosión<sup>40</sup>

El aura hierática que envolvía la figura de Daniel Faria, su experiencia espiritual y muchos de sus poemas, pueden aparentar un área de confort que en realidad no existía. Aunque eventualmente le confortase, su vida espiritual era agónica, traducía una intensa lucha inte-

---

<sup>30</sup> Daniel Faria, *Poesía*, p. 62.

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 73.

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 107.

<sup>33</sup> Cf. *ibid.*, p. 86

<sup>34</sup> Verso de *Dos Líquidos*. Cf. *ibid.*, p. 244.

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 48.

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 91.

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 51.

<sup>38</sup> *Ibid.*, p. 43.

<sup>39</sup> *Ibid.*, p. 70.

<sup>40</sup> *Ibid.*, p. 80.

rior, entre la consciencia de promesa no cumplida y la espera exasperadamente prolongada: «Después el tiempo nunca más se acercó a la promesa/ Ni se cumplió/ Y la espera es un no suceder [...] / Y la nostalgia es que todo sea igual.»<sup>41</sup>

La temporalidad tiende a ser, para Daniel Faria, una mortificante experiencia de destierro. Más o menos inconformista, el poeta no disfraza la desolación ante la ausencia o la presencia no presentida. A veces, se escucha un rumor de penitencia en sus versos:

Voy a poner la mesa y a esperar.

Siento angustia por toda la ausencia no anunciada  
Encendí la luz por toda la casa y electrifiqué la voz  
Ahora puedo ampliar el resplandor de los gritos.  
[...]

Me voy a sentar a la mesa. Voy a dejar que se enfríe la comida.  
Imaginar que estoy esperando.<sup>42</sup>

6.º DIA

## ESCOGÍ LA MUERTE PARA QUEDARME CONTIGO<sup>43</sup>

La reacción de Daniel Faria es menos exasperada que la de poetas como Antero de Quental o Manuel Laranjeira, que pierden la fe y la esperanza y, en medio de una profunda desesperación, encuentran en la *mors liberatrix* el lenitivo para mitigar el acuciante vacío excavado por la ausencia de Dios. Aunque no por ello sea una reacción menos agónica:

No tenía nada en el lugar de donde vine. Aquí no encontré  
Lo que tuve y la silla no le sirve a mi reposo.  
Aún no hay lugar en el mundo donde pueda descansar de tu no seres  
El vacío que persiste a mi lado.<sup>44</sup>

Cuando muere Daniel Faria, a finales de la primavera de 1999, es un extraño accidente lo que le conduce al hospital.<sup>45</sup> A pesar de la consternación que su muerte causó, se sentía que Daniel Faria estaba maduro<sup>46</sup>, como si su muerte no fuera el resultado de un accidente concreto, sino de la intimidad con ella a la que cedió: «Me acerco a la muerte sin amparo ni

---

<sup>41</sup> Ibid., p. 110.

<sup>42</sup> Ibid., p. 41.

<sup>43</sup> Verso de *Dos Líquidos*. Cf. *ibid.*, p. 259.

<sup>44</sup> Ibid., p. 57.

<sup>45</sup> Cf. Alexandra Lucas Coelho, «Daniel Faria: o rapaz raro»: «La muerte se acercó la madrugada de un día que para los católicos es del Corpus Christi, el 3 de junio, Daniel tenía 28 años. Según el relato de Dom Abade [D. Luís Aranha]: «Él se levantó a la una de la mañana para ir al baño. Llovía a cántaros, la ventana estaba abierta, la puerta batió y le pilló un dedo, él se cayó y se pegó con la parte de atrás de la cabeza. Llamó a un colega, que le limpió la sangre y volvió a acostarse. A las cuatro de la mañana me telefoneó a la habitación para decirme que no se encontraba bien. Inmediatamente fuimos al hospital de Santo Tirso, de donde nos mandaron al de São João de Oporto. Le hicieron un TAC, que mostró un traumatismo craneoencefálico. Por cautela, lo internaron en observación. Me fui tranquilo. A las siete de la tarde me telefonaron para decirme que había entrado en coma». (p. 10).

<sup>46</sup> Según João Pedro Brito: «Pasadas tres semanas, fui con el Padre Nuno al Monasterio de Osera, en Galicia, a buscar un poema que él había hecho para un fraile con el que había trabado amistad el año anterior. Cuando le contamos de la muerte de Daniel, dijo: «Tenía que ser. Estaba maduro».». (*ibid.*).



sombra»<sup>47</sup>; «Voy a construir un laberinto para la muerte/ Tumbiar el cuerpo sobre el polvo para morir»<sup>48</sup>. Son de Nuno Higino estas palabras: «A pesar de la confianza que le dabas – me parece que le permitías andar por tus versos demasiado a voluntad – no debías de haber dejado que viniese así, a las puertas del verano, la muerte».<sup>49</sup>

Pero Daniel Faria ya había dejado que la muerte viniese, resultado de un proceso de resiliencia: el cuerpo inmaterial del poeta (asintiendo con la paradoja) recuperaba su forma original tras sufrir el embate deformador de la existencia.

La muerte vino y adquirió una concisión impresionante y permitió una inteligibilidad sistémica a su vida y obra:

Mi proyecto de morir es mi oficio  
La espera es el modo de llegar  
Un modo de amarte antes de tiempo<sup>50</sup>

«Un modo de amarte antes de tiempo» es la expresión de la nostalgia de Dios que vehementemente incendió su corazón de hombre<sup>51</sup>, el corazón íntimo que en los árboles no buscó el consuelo de las raíces, sino la «incomparable paciencia de buscar lo alto»<sup>52</sup>.

En *Explicación de los árboles y de otros animales* se entrecruzan la soledad infinita de ocupar un lugar<sup>53</sup>, la negación a escribir su casa sobre la tierra<sup>54</sup> y la consciencia de que no sentirá nostalgia de este mundo<sup>55</sup>. Daniel Faria es un poeta desterritorializado, desapegado del cuerpo material (asintiendo con la redundancia), deletreando el nombre que «parece la infancia» y consciente de que «Hacia dentro/ Del nombre se vacía el cuerpo»<sup>56</sup>.

Recuerdo las palabras de Unamuno, cuando escribía sobre Spinoza en *Del sentimiento trágico de la vida*: «Como a otros les duele una mano, o un pie, o el corazón, o la cabeza, a Spinoza le dolía Dios».<sup>57</sup> De un modo diferente, en los rudimentos de otras culturas, también a Daniel Faria le dolía Dios:

No me doblega la vejez ni el peso del cráneo  
Sino los ojos cansado del dolor de no verte.  
El suelo se volvió el último paisaje.  
En lo más remoto de la tierra te yergues  
Y veo levantarse el polvo de tus pies.<sup>58</sup>

---

<sup>47</sup> Daniel Faria, *Poesia*, p. 43.

<sup>48</sup> *Ibid.*, p. 66.

<sup>49</sup> Nuno Higino, en Daniel Faria, *Legenda para uma casa habitada*, p. 11.

<sup>50</sup> Daniel Faria, *Poesia*, p. 85.

<sup>51</sup> Cf. *ibid.*, p. 86.

<sup>52</sup> *Ibid.*, p. 44.

<sup>53</sup> Cf. *ibid.*, p. 83.

<sup>54</sup> Cf. *ibid.*, p. 62.

<sup>55</sup> Cf. *ibid.*, p. 61.

<sup>56</sup> *Ibid.*, p. 77.

<sup>57</sup> Miguel de Unamuno, *Do Sentimento Trágico da Vida*, Coimbra, Quarteto Editora, 2001, p. 11.

<sup>58</sup> Daniel Faria, *Poesia*, p. 98.

7.º DIA

## CUANDO COMO EN EL PRINCIPIO LA MAÑANA SE ACERCA<sup>59</sup>

PORTO | 3 de abril de 2016

Daniel Faria me dedica el ejemplar de *Explicación de los árboles y de otros animales* el día 4 de junio de 1998; pasado precisamente un año, su cuerpo estaba inmerso en ese sueño, acerca del cual había escrito: «Extraño es el sueño que no te devuelve».<sup>60</sup> Como una crisálida. El día 9 de junio de 1999, la declaración de óbito anuncia que del nombre se había vaciado el cuerpo<sup>61</sup>. Con apenas 28 años, Daniel Faria se adentra en lo inexplicable con que había urdido sus poemas.

Vivió con la «incomparable paciencia de buscar lo alto» y murió joven, recordando las palabras con que Fernando Pessoa evoca a Mário de Sá-Carneiro, que murió en 1916, con apenas 24 años: «Muere joven aquel a quien los Dioses aman»<sup>62</sup>.

En el 2000 se publica *De los Líquidos*, que es el tercero y último de sus últimos libros. Estos tres libros constituyen una «obra completa» en el sentido más extenso del término, unificada, por la muerte, de una completitud irrevocable.

También en el año 2000, se publica *Leyenda para una casa habitada*, con inéditos y fragmentos de poemas de los libros de 1998. En 2003, insistí y medié en la publicación de su obra poética en Quasi Edições: en mayo se reedita *De los Líquidos* y, en noviembre, se reúnen en un solo volumen todos sus poemas editados entre 1991 y 2000, y algunos inéditos. Su poesía, aunque engañosamente parece caber en un volumen de unas 400 páginas, se vuelve una referencia incontestable en la historia de la Literatura portuguesa.

8.º DIA

## YO TOCO LA SOMBRA DE LA MAGNOLIA

### COMO SI ME COGIESE DE TU MANO<sup>63</sup>

Daniel Faria nació un Sábado Santo, a la hora de la Vigilia Pascual, cuando ya se cantaban *aleluyas*. Su primera mañana en el mundo fue un Domingo de Pascua. Y si su oficio fue un proyecto de morir, lo fue porque sabía que solo al extinguirse diría «Todo/ Lo que podía ser dicho/ Sobre la luz».<sup>64</sup>

---

<sup>59</sup> Verso de *Dos Líquidos*. Cf. *ibid.*, p. 271.

<sup>60</sup> *Ibid.*, p. 78.

<sup>61</sup> Sobre la muerte de Daniel Faria: «Fue una de las experiencias más dolorosas de mi vida», recuerda el Padre Nuno, capellán del hospital, “desde que Daniel entró allí yo ya no estaba tranquilo, lo fui visitando durante la tarde. Y cuando vuelvo otra vez, vi toda aquel revuelo. Acababa de entrar en coma y estaban a punto de bajar con él para hacerle un nuevo TAC. Le di la extrema unción a toda prisa, en el pasillo. Y después vino una espera terrible durante la cirugía”. Duró seis horas, la operación, sin que los médicos consiguiesen frenar la hemorragia que continuaba avanzando. Según Celeste Dias, la médica responsable de la unidad de cuidados intensivos, el segundo TAC reveló un edema, un coágulo de sangre en el cerebro. La cirugía era para eliminarlo, pero el nivel de plaquetas estaba tan bajo – “nunca supimos si por un problema que ya tuviese Daniel o debido al propio traumatismo craneoencefálico” – que se formaba todo el tiempo un nuevo coágulo. Todavía hubo una segunda intervención, el coma se mantuvo y, al cabo de seis días, el 9 de junio, fue decretada la muerte cerebral». Alexandra Lucas Coelho, «Daniel Faria: o rapaz raro», p. 10.

<sup>62</sup> Fernando Pessoa, «Mário de Sá-Carneiro», en *Athena*, VOL. I, noviembre de 1924, n.º 2, pp. 41.

<sup>63</sup> Verso de *Dos Líquidos*. Cf. *ibid.*, p. 337.

<sup>64</sup> *Ibid.*, p. 79.

Terminé hoy la relectura de *De los Líquidos*. Ahí, Daniel Faria acelera, en un último aliento, presiona la planta del pie sobre las últimas intertextualidades (intersticios bíblicos y el rumor de voces como las de San Juan de La Cruz y Santa Teresa de Lisieux), ejecuta el salto y proyecta el cuerpo: la materia viva de las palabras se funde con la luz y se silencia. Y su poesía permanece como una caja de resonancia para el silencio.

Me doy cuenta ahora de que, en mi jardín, la magnolia esperó hasta abril para florecer.

Si estuviese vivo, Daniel Faria tendría hoy 45 años. No es menos difícil imaginarlo envejeciendo que saberlo muerto. Sobre lo que sería, me viene a la cabeza lo que llegó a ser:

Debo ser el último tiempo  
La lluvia definitiva sobre el último animal en los pastos  
El cadáver donde la araña decide el círculo.  
Debo ser el último peldaño en la escalera de Jacob  
Y el último sueño en él  
Debo ser el último dolor en la cadera.  
Debo ser el mendigo a mi puerta  
Y la casa en venta.  
Debo ser el suelo que me recibe  
Y el árbol que me planta.  
En silencio y lentamente en lo oscuro  
Debo ser la víspera. Debo ser la sal  
al volver la cabeza.  
O la pregunta a la hora de partir.<sup>65</sup>

---

<sup>65</sup> Ibid., p. 38.